

Relatos en futuro pluscuamperfecto

Relatos en futuro pluscuamperfecto

Antonio
M.
Álvarez

Primera edición, febrero 2017

© Antonio M. Álvarez, 2017

© Triskel Ediciones, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-946389-4-7



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A Ángela, Carmen,Irene y Sara.

Índice

Qeqertarsuaq	11
Hibris	43
Primer contacto	69
Cero-punto-uno	95
Instrumentos operativos	119
Mentir sin hablar, hablar sin mentir	143
Idempotente	171

QEQERTARSUAQ

Año 20 d.Q., una broma acogida con mucho humor por los departamentos implicados en el estudio y análisis del objeto encontrado hace veinte años en Groenlandia, una broma creada por Hugo Barnsgeck el día en que se cumplieron diez infructuosos y frustrantes años en la investigación. Veinte años de estudio y “Q” seguía siendo tan enigmático como el primer día.

“Q” atravesó la atmósfera y cayó a unos 50 kms. de Qeqertarsuaq, de ahí que el proyecto fuera bautizado con el nombre de esa ciudad, la más cercana al lugar de impacto del objeto, y de ahí también que usaran el rojo y el blanco de la bandera de Groenlandia en todos los informes y memorandos del Proyecto Qeqertarsuaq.

En estos veinte años desde que “Q” cayó del cielo han aparecido, no podía ser de otro modo, visionarios augurando el fin del mundo de cientos de formas diferentes; se crearon docenas de religiones adoradoras de “Q” en todo el mundo; se reeditaron libros de ciencia ficción donde la humanidad era sojuzgada por una malvada raza alienígena, y donde la Tierra —por supuesto— era destruida; los periódicos tampoco se quedaron atrás en estos veinte años incluyendo tiras cómicas de extraterrestres de todo tipo, sesudos artículos periodísticos, debates en secciones especiales de los Dominicales y, por supuesto, una ingente cantidad de productos vendidos a la sombra del posible mensaje extraterrestre; pero

también han sucedido hechos terribles como el de un asesino en serie que afirmaba que los extraterrestres le obligaban a cometer sus crímenes.

“Q” ha sido un fenómeno social, económico, mediático, político y religioso desde el primer día, aunque para todas las personas implicadas en el proyecto, la realidad ha sido otra bien distinta, menos novelesca y más simple.

Desde 1992, la ONU tenía un protocolo completo de cómo manejar una posible situación de este tipo. El protocolo contaba con científicos de todo el mundo y especialistas en lenguas vivas y muertas del planeta; todos ellos fueron incluidos en el proyecto al que en su día se le asignó el nombre clave de Empathos, hoy rebautizado como Proyecto Qeqertarsuaq, o “Q”, como se refieren a él para abreviar la complicada pronunciación en *kalaallit*, la variante inuit hablada en la costa occidental de Groenlandia. De hecho, muchos expertos en lenguas se refieren a él como "una enfermedad, más que un idioma" por sus dificultades de pronunciación.

Siguiendo los informes de “Protocolo para un Posible Contacto con una Cultura Alienígena”, el proceso estaba tan bien organizado y pensado que funcionó a la perfección. Este protocolo incluía una serie de puntos, entre los primeros se encontraba cómo afirmar que algo entraba dentro de la categoría extraterrestre. Esta fue la parte más difícil y la más fácil a la vez, ya que había por todo el mundo ufólogos y “expertos” que reclamaban que sus hallazgos de bolas de piedra en Sudamérica, grabados en cuevas africanas o piedras de cristal coloreado en el Mar Rojo fueran clasificados como de origen extraterrestre, eso sin contar con el extraordinario incremento de avistamientos de platillos volantes en todo el mundo. Los responsables del proyecto tuvieron bastantes

problemas para mantener a los ufólogos, parapsicólogos y demás expertos en lo *alieno* ocupados y al margen. Esa fue la parte difícil. La fácil comenzó un 30 de julio de 2026, a eso del mediodía en la isla Disko, la mítica isla descubierta por Erik el Rojo, donde un grupo de turistas, que viajaba en un camión oruga haciendo fotos en la zona norte de la isla, fue testigo de excepción de un objeto envuelto en llamas cayendo del cielo. Tras las dificultades iniciales de comunicaciones en la isla, consiguieron contactar con un grupo de geólogos daneses y franceses que estaban de paso por Nuuk —la capital de Groenlandia—. Los seis científicos, a regañadientes, se desplazaron hasta el lugar del impacto del supuesto meteorito ajenos a la magnitud de lo que iban a encontrar.

Allí, en el centro de un cráter de hielo, a unos siete metros por debajo del nivel de la capa superficial de nieve, encontraron una roca de un metro, por un metro diez, por sesenta centímetros. Tras ser fotografiada y analizada en el lugar, se decidió trasladarla a la base de geología que el ejército norteamericano tiene a cincuenta kilómetros de Kaanaaq, en medio de ninguna parte. La roca tardó más de un mes en llegar a su destino en la base norteamericana. La primera capa de roca debió fundirse al entrar en contacto con la atmósfera terrestre, pero una segunda capa de roca cristalizada se mantuvo casi intacta, como si la primera hubiera servido de protección a la segunda.

Un mes más tarde, se produjo un fortuito hallazgo en el interior de esa segunda capa cristalizada. En el laboratorio universitario de Geoquímica Isotópica de la Universidad de Munich fue sometida a un escáner de ultrasonidos y se descubrió a “Q”. Tras cortar con mucho cuidado la segunda carcasa de roca, en el interior apareció la esfera cristalina que

habían mostrado los ultrasonidos. El descubrimiento no activó ninguna alarma mundial y todo se hizo según el protocolo. Los países que habían participado en el “Proyecto Empathos” comenzaron lentamente a mover sus piezas en el tablero de la política internacional y de los departamentos científicos implicados. Esta parte fue una de las más absurdas de todo el proyecto; pero como siempre, al final la madeja diplomática se desenredó, sobre todo cuando algunas empresas privadas comenzaron a inyectar dinero en las universidades que habían firmado el proyecto original de la ONU.

El esferoide estaba hecho —en apariencia— de una sola pieza, medía cincuenta y seis cms. de diámetro y estaba compuesto de sílice y cerámica con una estructura cristalina más que atípica, imposible, con las moléculas polarizadas de tal modo que dejaban pasar la luz visible. Era, por tanto, transparente a nuestros ojos.

Los cristalógrafos fueron los primeros en hincarle el diente al asunto “Q”, y los primeros en declarar su fracaso; no entendían cómo esa estructura cristalocerámica podía ser viable o estable en términos cristalográficos, electroquímicos o físicos.

El siguiente problema era descubrir el significado de las marcas que contenía la esfera, y sumar esfuerzos con el centenar de equipos que estaban haciendo lo mismo en todo el planeta. Se trabajaba con la idea de que se había grabado algún tipo de mensaje como el que se incluyó en las Voyager 1 y 2. Lo irónico era que no se sabía cómo desentrañar el misterio ni por dónde empezar.

El esferoide incluía, en la capa exterior del cristal, un círculo irregular formado con líneas de puntos. En la cara interior, el círculo punteado tenía aleatoriamente repartidas

pequeñas cruces que seguían el círculo grabado en el exterior de la esfera. Se calculaba que el grosor medio del cristal era de unos treinta y cuatro milímetros, con zonas que iban desde los treinta hasta los treinta y ocho milímetros. La cara externa también tenía un cuadrilátero con lados de distintas medidas, sin ninguna relación de proporcionalidad aparente. En la cara interior de la esfera dicho cuadrilátero tenía tallados dos puntos situados cerca de dos vértices opuestos. Un segundo tetrágono incluía, en la cara interior, trece rayas paralelas y de trazado irregular, como talladas a mano. En un extremo había unas líneas concéntricas de longitudes muy diversas y de trazado también irregular. En la cara interior de la esfera, en la misma zona donde estaban esas rectas, había estrías quebradas con un patrón en apariencia aleatorio.

El departamento de Matemáticas que ahora dirigía Marc Solé había recibido varios premios y su antecesor, el profesor Oscar García, figuraba en el Proyecto Empathos desde su creación, así que cuando este último se retiró, Marc fue el encargado de recoger la antorcha y conseguir que —por fin— le enviaran todos los datos y las imágenes 3D de la esfera. Dos matemáticos de su departamento, seleccionados por Marc, debían trabajar con dos ingenieros, un químico, dos lingüistas y —siguiendo la teoría del hombre impar¹ un escritor soltero, todos ellos de universidades europeas.

Cuando las copias estereográficas del proyecto “Q” llegaron al departamento de Marc, los integrantes del grupo de trabajo se dieron cuenta de las incomodidades que iban a tener que sufrir en aras de la ciencia; instalaron un arco de seguridad en la puerta del laboratorio, dos policías de la

¹ Los solteros de profesiones que tiendan a utilizar el intelecto y que no estén relacionadas con la materia a estudiar tienen más posibilidades de tomar la decisión correcta en un ejercicio de probabilidad.

Europol hacían guardia día y noche, los ordenadores del laboratorio dedicado a esta investigación estaban sin conexión exterior con la red y con una contraseña que era cambiada —por los informáticos de Europol— cada dos días.

El mes pasado habían llegado al departamento de Marc los nuevos estudiantes para sus tesis doctorales. Mary Wells y Domingo Santana eran jóvenes matemáticos recién licenciados, Jean Pointcaré y Toni Barceló venían del departamento de Ingeniería, Sylvie Cocteau y Edda Linde eran las lingüistas del grupo, y el flamante escritor era Justo Sanabria, que había ganado ese mismo año el Premio Literario Kubrick.

Después de tantos años sin resolver el enigma de “Q”, este había pasado a convertirse un poco en atracción de feria para tesis doctorales de alumnos arriesgados, y aunque la seguridad había bajado a niveles mínimos, seguían manteniéndose los rituales como si se tratara de un objeto muy importante. En los veinte años que llevaban de investigación, la gente había perdido interés en “Q” y en todo cuanto lo rodeaba. Sólo en dos ocasiones a lo largo de los años de análisis se había reactivado la curiosidad. La primera vez fue cinco años después del hallazgo, cuando el cristal de la esfera se volvió ligeramente turbio y menos cristalino durante un par de días. La segunda vez fue dos años atrás, en el que el cristal se volvió, durante un par de días también, de un matiz anaranjado. Las pruebas realizadas en ambas ocasiones no arrojaron ninguna información útil, aparte de una variación en el campo de mesones pi y una mínima bajada en la cohesión de los gluones. Los físicos no sabían qué pensar. Los geólogos no sabían qué pensar. Los químicos, tampoco.

Cada cierto tiempo, los miembros del grupo de trabajo de Marc Solé, acudían a charlas y a jornadas de trabajo, la última a la que habían asistido versaba sobre “Lenguaje y Comunicación, los lenguajes determinan la percepción de la realidad”. A los no iniciados en el mundo del Lenguaje y sus complejidades, la ponencia les había dejado un extraño sabor agridulce, así que Sylvie y Edda fueron las encargadas de ampliar y aclarar las sofisticadas teorías lingüísticas. En estas charlas informales, el tema casi recurrente era la falta de un código patrón para poder traducir los símbolos. En cuanto salía el tema de la incapacidad humana para resolver el enigma, invariablemente, el grupo se veía asaltado por un ligero complejo de inferioridad al pensar que unos seres que habían enviado a través del espacio una sonda en forma de meteorito, que habían calculado su entrada en la Tierra en la ventana óptima, así como las temperaturas de fusión de la corteza exterior por la fricción con la atmósfera y que enviaban dentro un huevo de cristal, debían saber un poco más del universo que los humanos.

Edda, la lingüista alemana, había insistido en que para entender su lenguaje había que enfrentarse al problema de la descripción y percepción de la realidad dentro de la sociedad que había creado el objeto “Q” y que además esto determinaba sus relaciones con los modelos de percepción de la cultura que lo había enviado. Los teóricos del lenguaje, de la criptografía y de las ramas más peculiares de la ciencia del lenguaje decían que las “leyes” de pensamiento presuponen coherencia lógica y aluden a algo profundo: que hay una realidad esencial al que esas leyes se refieren. Para sostener la afinidad lógica debe estar libre de contradicción, debe ser homogéneo, debe ser del mismo orden y sustancia.

—¿Más café, Mary? —dijo desde el fondo del laboratorio la grave voz con acento alemán de Edda, la especialista en lenguas comparadas que no paraba de piropear a las chicas del departamento.

—¿Qué hora es? —bostezó Justo sentado frente al monitor que mostraba las imágenes ampliadas un doscientos por cien de uno de los cuadriláteros exteriores de “Q”.

—Las dos y media... —respondió Toni mientras daba un golpe al monitor donde se proyectaba el modelo tridimensional de la estructura de la esfera y se levantaba malhumorado.

—¿Quieres más café? —volvió a preguntar Edda al ver que Mary no respondía.

—No, gracias, me voy ya... y mañana veré todo esto con mejores ojos... —contestó, con su mejor sonrisa, la joven matemática londinense mientras apagaba el ordenador tecleando su contraseña de apagado.

—¿Es nuevo ese desarrollo de Chandler? —dijo Domingo asomándose por encima del hombro de su colega Mary, señalando con la cabeza el monitor de la joven antes de que este se apagara.

—No, es el algoritmo de Hammer de mi tesis sobre criptología aplicada a “Q”. Ya sabes, seguimos necesitando un código, una palabra, un concepto para empezar a traducir... —Mary esbozaba una sonrisa mientras respondía el comentario de Domingo, los demás no podían captar el chiste de matemáticos que ambos acababan de intercambiar.

—Ya me lo imagino, en el planeta Anacreón los científicos se dan cuenta de que, oh, se han olvidado enviar las claves para que los estúpidos terráqueos puedan traducir el mensaje... *Collons!* —añadió Toni interpretando el papel de alienígenas viscosos, bromeando y gestualizando como en

una serie B—. Aquí, los listos han sido Jean y Sylvie que se largaron a las diez, a contemplar la luna llena y a hacerse arrumacos...

—Un ingeniero y una lingüista, qué combinación tan poco práctica... —apostilló Domingo con sorna.

—La mujer de Marc es psicóloga y forman una pareja ideal... —respondió Justo, guiñándole un ojo cómplice a Domingo.

—Y mi novio es empresario... —añadió Mary mientras se dirigía hacia el perchero donde había dejado su caro abrigo de Chabrol.

—¿Y tú, Edda...? —preguntó Domingo mientras apagaba su ordenador.

—Yo tuve una novia que era pintora y otra que era puericultora y... sólo una vez estuve saliendo con una licenciada en lenguas comparadas... —Mientras se acercaba al grupo de chicos, echó una fugaz e instantánea mirada a las piernas de Mary mientras esta se ponía el abrigo.

—El amor... ah, el amor... —Con una sonrisa mezclada en bostezo, Domingo se despezó fuera de toda formalidad social.

—¿Por qué demonios no nos dejarán ver físicamente la maldita esfera? —Toni no quería dejar el tema de lado y seguía insistiendo una y otra vez en su segundo tema favorito, que un ingeniero tiene que ver, tocar, palpar el objeto a estudiar. El primero era el olvido de los extraterrestres al no enviar las claves.

—Tranquilo, dentro de seis meses tendrás ocasión, Toni, “Q” viene al museo del decano, ya sabes... publicidad y tal... —dijo desde la puerta Mary, mientras tecleaba el código de acceso para salir—. Nos vemos mañana, no trabajéis mucho...

—Pues le haremos la pelota a Marc y al decano para que nos dejen echarle un vistazo... —añadió con cómica maldad Toni, mientras se frotaba las manos como un personaje de dibujos animados listo para una felonía.

—Todo lo que es, está aquí... —Domingo señalaba el disco con los datos digitalizados de “Q”.

—Ya, tú eres de los que prefiere ver cuadros en los libros a verlos en los museos... —Chasqueando la lengua y enarcando una ceja, Toni no dejó pasar el comentario del matemático que disfrutaba de los datos, ecuaciones y formulación previa que habían hecho todos los expertos en los veinte años de proyecto.

—Bueno, dejadlo ya... O no lo dejéis, si queréis, pero yo me voy... —dijo Edda apurando su café y apagando también su ordenador.

Justo se había quedado solo, siempre era el último en marcharse, le gustaba estar a solas con los gráficos y fotos estereoscópicas de “Q”, los miraba una y otra vez dejando su mente en blanco, sin pensar en nada, como cuando se enfrentaba a la pantalla vacía del procesador de textos. Estaba pasando una y otra vez las imágenes en 3D del primer fenómeno, en las que la esfera se volvía ligeramente opaca. Leyendo los datos de telemetría automática y viendo que, aparte de un pequeño incremento en la energía de los enlaces moleculares, una variación en el campo de mesones pi y una casi imperceptible bajada en la cohesión de los gluones, nada había cambiado en “Q”, pero su transparencia se había enturbiado, como un cristal sucio y rallado.

Volvió a pasar las imágenes del momento en que la esfera cambió a un tono anaranjado, y cuando de nuevo se registró una pequeña variación en la energía de los enlaces moleculares de la estructura cristalina y una ligera disipación de

energía en la frecuencia de 501 milimicras dando como resultado un ligero matiz naranja a la superficie del cristal.

No comprendía lo que él podía aportar al proyecto. Filólogos, arqueólogos, expertos en criptografía de medio mundo habían estudiado los símbolos y habían llegado a la conclusión de que sería imposible deducir nada sin la base lingüística con la que comparar los símbolos de la roca de cristal, les faltaba una Piedra de Rosetta extraterrestre. Tampoco sabían nada del punto de partida del meteoro, ni cuánto tiempo había viajado por el espacio, ni cuál era su sistema de propulsión, si es que disponía de tal cosa. En lo tocante a “Q” había más misterios que certezas.

—¿Y sí...? —Justo pronunció esas dos palabras entre dientes, con lentitud, mientras entraba en uno de sus profundos pozos de pensamiento en los que caía cuando se enfrentaba a los puntos de giro de sus novelas, donde las zonas oscuras de su propia mente parecía que fabulaban por su cuenta y los resultados le pillaban tan por sorpresa que eran inesperados hasta para él mismo, como si fueran ajenos a su pensamiento. En ese punto se encontraba cuando sus piernas inclinaron tanto la silla donde estaba sentado que cayó al suelo, y él con ella.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto como todos los días, tenía lugar la aburrida y tediosa reunión del equipo donde se ponían en común los avances del día anterior y se planeaban someramente las acciones del día que tenían por delante. Mary Wells, la más madrugadora del grupo, se sorprendió al ver que Justo, que siempre llegaba el último, ya estuviera allí.

—*Good morning*, Justo. ¿Te has pasado la noche otra vez aquí?

—¿Lo dices por la ropa, el olor, las ojeras, el pelo alborotado... o por pura intuición? —respondió el escritor intentando no parecer cansado.

—No seas irónico... —agregó ella dejando el abrigo en el respaldo de uno de los sillones, y dirigiéndose luego a la máquina de café.

—¿Sabes? Creo que hoy no va a ser una reunión nada aburrida, ya lo verás...

—¿Ah, no? —Con la taza vacía entre las manos, lo miraba apoyada en la máquina de café, mientras pulsaba un botón aquí, otro allí, buscando la combinación perfecta para su café matutino.

—No.

—Tienes algo raro en la mirada... pareces...

—Cansado, estoy muy cansado —respondió con una abrupta risita—. Después de la reunión me iré a casa a dormir.

El grupo se desperezaba como un niño pequeño que no quisiera levantarse, lavarse, desayunar y salir en dirección al colegio. Mientras esto sucedía, Justo quería dar tiempo a que todos estuvieran listos para escuchar lo que quería contarles. Consiguió despertar su interés en cuanto se sentaron con su taza de café en las manos y hubieron terminado de narrar las trivialidades de la noche anterior que hacían que la vida pareciera más real que dentro del laboratorio.

—Bien... Justo, tú dirás... Mary dice que... —Toni quería ponerse inmediatamente con su proyecto, no tenía muchas ganas de escuchar ni a Justo ni a nadie esa mañana.

—¿Qué pasaría si las líneas, los círculos, los cuadriláteros sin orden ni concierto no fueran un código? —Justo habló despacio, pronunciando cada acento y cada pausa, con cierto tono de misterio en la voz.

El silencio duró unos segundos eternos, hasta que Sylvie recobró el habla.

—Hace siete años se descartó oficialmente esa posibilidad, está todo en el informe de los filólogos Maheim y Tankovich...

—Porque no parecía lógico enviarnos algo así sin un “mensaje” y porque... ¡Venga ya, todos hemos leído el informe...! —respondió Justo apartándose el pelo de la ojerosa cara—. Pero es que puede que no sean símbolos, sino marcas.

—¿Marcas? ¿De qué estás hablando? —estalló Toni, conteniéndose un poco al ver la cara de cansancio del escritor.

Justo extendió la mano sobre la mesa, dejando que su palma quedara expuesta, a la vista de todos.

—¿Qué veis aquí?

Marc Solé tenía treinta y cuatro años, pero parecía más joven. Su rostro era ancho, redondo y de facciones suaves. No era de complexión fuerte y su cabeza parecía demasiado grande para su cuerpo. Caminaba de una esquina a otra de su despacho, mientras elegía las palabras que iba a usar. Siempre hacía lo mismo, nunca se apresuraba, nunca se atropellaba, nunca decía algo que no quisiera decir.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión, Justo? —preguntó por fin mirando a los ojos al joven y cansado escritor, mientras se acurrucaba en el sillón del despacho.

—No lo sé, se me ha ocurrido. Fue por los colores...

—¿Qué colores...?

—Las imágenes de los cambios de transparencia de “Q”...

—Ah... ¿Sabes que no... que técnicamente no es posible lo que dices...?

—Y entonces ¿por qué has querido recibirme?

—Tengo que estar seguro de tu capacidad para seguir en el proyecto.

El silencio se hizo incómodo, uno de esos silencios tan ruidosos en las mentes de las personas cuando algo embarazoso sucede.

—Antes de ingresar como “hombre impar” hice mis deberes, leí mucho sobre “Q”, estudié la historia de su llegada y los informes preliminares de los primeros cinco años... y tengo buena memoria, la doctora Helen Mayberry decía que hasta el momento no se ha podido establecer un concepto unificador que logre una definición apropiada de...

—Sí, sí, lo sé... —El rictus serio del doctor en Matemáticas se había cambiado por un mueca de incomodidad, no por lo que decía Justo, sino por algo indeterminado y difuso.

—...Y el profesor Delacroix decía que la vida es el conjunto de información e interacciones que tiene la materia entre sí. Los virus... —continuó Justo intentando ofrecer algún dato más que apoyara su tesis.

—Sí, sí... ya hemos entrado en esa discusión miles de millones de veces...

—Las subpartículas... ¿las han mirado?

—Claro, debe estar en algún informe del equipo alemán, o del equipo canadiense... Mira, Justo, no puedo hacer un informe con tu idea, no hay ni un solo indicio... —atajó Marc apoyando las manos en la mesa por primera vez.

—Es una situación atípica, estamos intentando traducir un mensaje que no es tal, la clave no está ahí, o mejor dicho, ahí está la clave...

—Nuestra misión es intentar entender el mensaje enviado en ese... —Marc no terminó la frase y Justo aprovechó para lanzar una nueva carga de profundidad.

—Son marcas, muescas, arrugas como las de la palma de la mano o... Ese esferoide no es un soporte alienígena con un mensaje, es un alienígena que quiere comunicarse con nosotros...

Marc suspiró y se sentó en su sillón, parapetándose tras la mesa de su despacho. Un minuto después, la sala seguía en silencio. Marc seguía ordenando sus ideas.

—Está bien, haremos un informe, pero lo firmarás tú, no el equipo de estudio, yo lo firmaré sólo recibiendo tu... idea... incluyendo que no doy ningún crédito a lo que dices y que ni siquiera está sustentado en ninguna observación, ni...

—Vale, lo haremos mañana. Ahora me voy a dormir, estoy muy cansado.

—Mañana. A las ocho...

—A las ocho.

Justo llegaba tarde y lo sabía, el metropolitano le parecía que iba más despacio, la gente se agolpaba más de lo habitual y los segundos parecían minutos. Cuando por fin llamó con los nudillos a la puerta del despacho de Marc Solé su reloj marcaba las 8:14:25. Se acordó del timbre de seguridad y pulsó en el frío metal que grababa su huella dactilar y encendía en la mesa de Marc una luz verde parpadeante, haciendo que su foto holográfica apareciera en la pantalla del *table-pad*. Tras unos segundos, la puerta se abrió y dentro se encontró con una reunión ya comenzada. Los garabatos en los folios, las arrugas de los trajes, las profundas marcas en la

piel de los sillones, la posición de las personas le hicieron suponer que llevaban allí varias horas reunidas.

—Marc, lamento el retraso...

—Tranquilo, siéntate, te voy a presentar a los representantes del Consejo de Selección.

—Yo ya pasé por esto hace seis meses...

—Sí, verás, se han tomado algunas decisiones a la luz de tu... de tus manifestaciones...

—A la luz de mis “manifestaciones”. —La palabra sonó desconfiada en los labios de Justo, mientras se quitaba la gabardina y se sentaba en la única silla libre al fondo del despacho.

—No nos vamos a andar con rodeos... —apuntó un bigotudo, calvo y con un traje de plástico a la última moda, con corbata tornasolada a juego.

—¿Rodeos? —Esta vez su tono de voz era desconfiado y por un momento Justo hubiera preferido pararse a pensar y hacer la pregunta en otro tono, mostrando menos sus sentimientos.

—Hemos decidido suspender tu tesis en el proyecto “Q”... —atajó una señora con el pelo rubio platino, ese color que intenta camuflar la edad sin éxito.

—Ah. Y... ¿puedo saber por qué? —añadió con un hilo de voz mientras se miraba los zapatos forzando una mirada distraída.

—Justo, creemos que has perdido un poco el norte del proyecto... —añadió Marc en el tono más dulzón y conciliador posible.

—¿Alguien se ha parado a valorar si puedo tener razón?

—preguntó el escritor con los ojos clavados en los zapatos, intentando no mirar a nadie y procurando no estallar en un monumental cabreo.

—Somos científicos y necesitamos algo más que ideas novelescas para un proyecto de la envergadura de “Q”... —dijo el hombre calvo, girando su sillón hacia Justo—. Llevamos veinte años con este proyecto y necesitamos encontrar respuestas, los fondos no van a ser ilimitados, en los próximos cinco años...

—¿Fondos? ¿Estamos ahora hablando de dinero? ¿De qué estamos hablando...? ¿Hablamos el mismo idioma...? —Justo mascó las palabras en la garganta y las fue soltando a ligeros borbotones de sonido.

—El señor Fabra es uno de los accionistas privados de la Universidad, uno de los que han apostado porque el proyecto llegara por fin a nuestros laboratorios... —Marc no sabía cómo evitar el enfrentamiento verbal entre Justo y el señor del bigote que ya tenía nombre y cargo. Y sobre todo tenía dinero, mucho dinero.

—Me quitáis del proyecto porque... propongo cosas que no os gustan, ¿no es eso?

Un silencio por respuesta era tan buena respuesta como si a voces todos le corearan un sonoro “sí” a Justo.

—¿Alguien se ha parado a pensar en si esa estructura cristalina puede ser una forma de vida que intenta comunicarse, de alguna manera, con nosotros?

—Las estructuras cristalinas... —comenzó a decir Marc, pero Justo no le dejó seguir, y poniéndose en pie mientras agitaba su gabardina con una mano, arremetió elevando el tono.

—¡Es sólo una idea, pensaba que los científicos estaban hechos de otra pasta, que quizás alguien en alguna parte podría demostrar que no tengo razón, pero ya veo que no, ya veo que sólo se preocupan de los fondos para un proyecto que lleva veinte años dando tumbos en medio mundo...!

—Déjalo, Marc, —interrumpió Fabra, zanjando el tema—. ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea del ser cristalino, Justo?

—Los cambios de color... me parecieron, no sé, algo que me llamó la atención a nivel de, bueno, ya saben, como una intriga científica... y, en fin, dejé volar mi imaginación y... se me ocurrió que... —A medida que hablaba iba bajando el tono de voz, como si ahora le sonara lo que decía como una solemne estupidez y hubiera hecho el payaso delante de gente importante—. A lo mejor, me he excedido y en realidad, no debería estar en este proyecto.

—Justo, no es la primera vez que alguien se plantea tu idea —dijo el señor Fabra en un tono más que conciliador.

